

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Sábado, 10 de Enero de 2009

LA BARCA DE CARONTE.

VIGESIMOCTAVO CAPÍTULO.

LA PALOMA NEGRA.

Relatos legendarios han compuesto la base de nuestras tradiciones y nuestra cultura. Lo que a continuación tendrán la oportunidad de leer está basado en una leyenda que en este momento no recuerdo. Pero el alma es así. Cuando la mente falla, ella toma los mandos y se encarga de sustituirla. Y eso es lo que en este momento está haciendo en mi cuerpo. Y las leyendas reposan en el reino del alma. El alma, por tanto, sí recuerda cómo era esa leyenda. Y con su permiso, andaremos por el sendero de lo improbable. Pero recuerden, nunca de lo imposible.

Laura camina mirando con cierta cautela tras de sí. Ha caído ya la noche, y los rumores todavía la persiguen, como si tuviera algo de qué arrepentirse. A ambos lados del camino, un espeso bosque de robles, tímidamente iluminados por la luz que la Luna amablemente les cede, parecen querer abrazarla como si la naturaleza le ofreciera su último y único refugio posible. Ella nació en un bosque hace un par de décadas. El bosque fue su cuna. Allí escuchó los primeros conjuros que su abuela le susurraba al oído a modo de canción de cuna. Tal vez por ello, con tan solo unos añitos de edad, ya dominaba por completo el difícil pero complejo arte de la brujería. En su familia, su abuela Léntula había sido una de las mayores brujas de toda la comarca. Pero siempre lo mantuvo en secreto. Un secreto que compartió y enseñó delicadamente a su fiel nieta. Y Laura demostraba día tras día ser una alumna de las más aventajadas. Era su única alumna, pero la chica tenía talento. Y se divertía a escondidas, como siempre, aprendiendo los nuevos conjuros, las nuevas recetas y los nuevos hechizos que Léntula se afanaba por evitar que murieran en el olvido. Y a fe que lo consiguió.

Años después, Laura contrajo matrimonio con un adinerado hidalgo llamado Martín de Cevallos. Aunque Laura no pertenecía a una familia precisamente adinerada, tenía sangre nobiliaria en sus antepasados, y su padre, fiel a las tradiciones del momento, le arregló su futura vida con el tal Martín, emparentando con una de las familias más importantes de la comarca. Sin embargo, Laura no sentía aquello que se debe sentir cuando se comparte la vida con alguien. Y conocía multitud de conjuros, pero ninguno de ellos hablaba de que pudieran otorgarle el amor que necesitaba. Ella había aceptado humilde y honradamente la imposición de su padre. Pero algo le decía que eso no era lo que el destino le tenía preparado. Con 17 años, Laura estaba condenada a vivir una vida sin felicidad, de obligación, rutina y un color muy gris.

Una mañana, hace unos años, Martín de Cevallos apareció gravemente herido ante las puertas de su mansión. Laura, que tenía conjuros muy buenos para poder curarlo no dudó en llevarlo hasta las caballerizas y realizar el ritual. No se dio cuenta de que lo estaba haciendo en público, y los rumores comenzaron a surgir por diestro y siniestro. Sin embargo, cumpliendo con su propósito, curó milagrosamente a Martín. Era demasiado tarde, había descubierto sus dotes como bruja, y no iba a salir impune. Martín la quiso defender, pero más de cincuenta personas testificaron en su contra, y el párroco mando avisar al familiar de la Inquisición para que investigara el caso. A las preguntas de la Inquisición, Laura no pudo más que sortear con mayor o menor suerte las diferentes embestidas del fraile inquisidor... el brutal Núñez de Moncada, que había descuartizado a veintidós jóvenes unos meses antes porque fueron acusados de sodomía. Laura tenía en su posesión plantas como la mandrágora, la Yulerta o el peristilo azul, plantas todas muy vinculadas a rituales brujeriles, y por ende, satánicos. Núñez mandó que le relatara algún hechizo blanco, es decir, de los que no hacen daño. Laura no quería, pero ante la amenaza de aplicar sobre sus senos un artilugio conocido como el "arrancapezones", no tuvo más remedio que recitarlo. Fue un conjuro para que el propio Núñez tuviera suerte en el plano económico. La sentencia estaba a punto de dictarse.

Sin embargo, esa noche, la noche antes de dictarse la segura condena de Laura, una paloma negra atravesó los barrotes de la ventanilla de la celda donde aguardaba su destino. La paloma negra se le posó sobre su hombro derecho, y comenzó a picar en su delicado pelo, apartándose de la cara. Laura se lamentaba por su desgracia. Los conjuros que su abuela le enseñó eran todos de magia blanca, hechizos blancos, ritos blancos... ritos buenos. No tenía en su mano la posibilidad de escapar. Pero junto a ella estaba una paloma negra. Inmediatamente, Laura percibió un olor que le perforó el alma de la misma forma que una bala perfora un pecho. Ese olor lo conocía. Pero no sabía situarlo en ese momento. La paloma levantó el vuelo y logró extenderlo por toda la habitación. Finalmente consiguió identificarlo: se trataba de un rito mágico llamado *Enheduanna*, y tenía la virtud de que quien percibiera el verdadero hedor del fuego podía cumplir su mayor deseo. Laura en ese instante concentró todas sus fuerzas, escudriñó en lo más profundo de su alma y encontró su deseo: *Volar*.

El deseo de Laura no era más que uno de los deseos que todos hemos tenido en alguna que otra ocasión. Porque para Laura, Volar significaba tener aquella libertad que había tenido anteriormente, cuando solo era una niña, cuando escuchaba embobada a su abuela mientras le enseñaba la magia, cuando pasaba horas y horas entre los árboles del bosque que la vio nacer. Sin darse cuenta, Laura había escapado de la celda, estaba a los pies del camino que salía de la que había sido su ciudad cuando se casó con Martín. Y ahora podía huir, tenía esa oportunidad, y no la iba a desaprovechar. Y anda con buen paso, pero sigue mirando hacia detrás. No sabía cuanto tiempo iban a tardar en descubrir su ausencia. Y qué era lo que podía pasar. Pero en el fondo no le importaba. Sabía que ya no iba a desandar el camino. Y de repente, pensó en la paloma negra. Esa paloma que le había ayudado a salir de la prisión. Esa paloma que le había ayudado a recobrar sus antiguos tiempos de libertad. Comenzó a mirar de un lado a otro, y no pudo ver rastro alguno de ella. La noche se estaba cerrando, y era muy difícil encontrar una paloma negra en esas circunstancias. Pero, de repente, mientras miraba hacia sus pies, mientras miraba al suelo del camino desconsolada, se percató de algo. Había unas pisadas muy hondas, muy profundas. Unas pisadas que, al principio no eran constantes, pero luego eran cada vez más abundantes. Llegado el momento, las pisadas se desviaban del camino hacia el interior del bosque. Allí las perdió. Pero vio algo que la sacó por completo de sí. A unos metros se podía ver un río. Y a la orilla de ese río contempló lo que a ella le pareció que era una musa. Una mujer completamente desnuda, con un cuerpo perfecto, unos cabellos largos que llegaban a la cintura, y su piel blanca parecía ser acariciada por los rayos lunares. Posteriormente comprobó cómo esa mujer se transformaba casi súbitamente en un pequeño ser, concretamente, en una paloma negra. Corrió para intentar cogerla. Pero no lo logró. Estaba muy apenada. Y cuando quiso darse cuenta, ella también era una paloma negra. Y pudo volar.

Dicen que ahora hay dos palomas negras que viven y disfrutan de su libertad. Dicen que en las noches de luna clara, blanca, acuden a las fuentes de nuestras plazas y parques... y que en ocasiones, adoptan forma de mujer. Y dicen que, quien contemple esta maravilla, ese ya será afortunado para el resto de sus días.

Si dedico este capítulo a una paloma negra, me trataréis como un loco, pero así será. Algunos sabréis quién es, está muy claro. Otros no lo sabrán, pero no importa. Era algo que le debía desde hace tiempo... quizá un año... y yo cumplo con mis promesas. Solo le digo una cosa: ¡Muchas Gracias! Y gracias a quienes todavía me leen. VK.